



JAMÁS PUDE VOLVER
A KÖNIGSBERG

Jaime Queralt-Lortzing Beckmann

JAMÁS PUDE VOLVER
A KÖNIGSBERG



Primera edición: abril 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jaime Queralt-Lortzing Beckmann

literatura@queralt.com

© Ilustración interior: Escudo de Königsberg (Ostpreußen)

© Diseño de portada y fotos: Queralt-Lortzing

ISBN: 979-13-87612-86-3

ISBN digital: 979-13-87612-87-0

Depósito legal: M-7788-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mis hermanas, Ruth y Gema, a las que quiero con
locura, para que lleguen a imaginar conmigo
cómo pudo haber sido aquella aventura.
Y a mis hermanos Ana, Blanca y Pedro, a quienes ya se la
habrá contado mi madre con detalle en el cielo.*

*A mi adorada tía Reginé, la más joven de las ocho
personas que realizaron aquel peligrosísimo viaje
y la única de ellas que podrá leer mi relato.*

ÍNDICE

PRÓLOGO (traducción libre del autor).....	11
VORWORT (prólogo en su versión original en alemán).....	13
INTRODUCCIÓN.....	17
AMANECE EN PILLAU.....	21
OPERACIÓN HANNIBAL.....	27
PRAPPELN O LA ARCADIA PERDIDA.....	31
LA TORMENTA SE ACERCA.....	35
¡VÁMONOS!.....	39
ADIÓS PARA SIEMPRE.....	43
SUBIR NO VA A SER FÁCIL.....	49
¡SÁLVESE QUIEN PUEDA!.....	55
YA NO SE VE PILLAU.....	61
CAMBIO DE DESTINO.....	67
DEVUÉLVAME EL SAMOVAR.....	73
DAÑOS EN EL DUALA.....	77
EL AVANCE RUSO ES IMPARABLE.....	81
ALGUNOS LLEGARÁN ANTES DE TIEMPO.....	85
INCUMPLIENDO LAS NORMAS.....	89
ROTHENSTEINER LAGER.....	95
¿MINAS EN SAßNITZ?.....	99
DESEMBARCO EN SAßNITZ.....	103
PRÓXIMO OBJETIVO, STRALSUND.....	107
EL TREN A LÜBECK.....	113
HUYENDO DEL TUBO.....	117
ENGRASANDO EL SISTEMA.....	123
ATRAPADOS EN LA FRONTERA.....	127
LA PENÍNSULA DE JUTLANDIA.....	131
TRATANDO DE LLEGAR A SØGÅRD.....	135
EL INFIERNO DE GRÅSTEN.....	141
EL SACRISTÁN AGERBÆK.....	145
KÖNIGSBERG TOCADA Y HUNDIDA.....	151
EL SARGENTO MAYOR BIRNBAUER.....	157
CELEBRANDO FASTELAVN.....	163
¿OXENWATT? NO ME SUENA.....	169
BUSCÁNDOSE LA VIDA.....	173

FUNDIDO A NEGRO	177
Y SE HIZO LA LUZ.....	181
TODO SE VIENE ABAJO	187
VUELVE EL GANADO	191
TAMBIÉN LLEGA LA NOTICIA.....	195
¿DÓNDE ESTOY?.....	199
EL RECEPTOR DE GALENA.....	203
¡AHORA ES UN HOGAR!.....	207
GOTTFRIED	211
INCENDIO EN RØDEKRO.....	215
BENDITO GASÓGENO.....	219
LOS VUELCOS DEL CORAZÓN	223
PRIMEROS MAZAZOS	227
UN BARBAS DE CUIDADO	231
IGUAL PREFERÍA NO HABERLO SABIDO	237
DIBUJANDO OVEJAS	243
QUIEN ROBA A UN LADRÓN... ..	247
ÍNFULAS DE ALTA COSTURA.....	251
HAY QUE VOLVER A CASA.....	257
AÚN CAEN OTRAS BOMBAS	261
LA INFLUENCIA DE POTSDAM.....	267
¡TODOS AL CAMIÓN!	271
EL REYEZUELO DE LYDERSHOLM	275
ESTO, COMO SI NO ESTUVIERA AQUÍ.....	281
TAMPOCO VOLVER ES FÁCIL.....	287
¿QUÉ HACEMOS AHORA?	293
DE NIÑO A ADULTO EN MINUTOS	297
EL REVERENDO ZIETZ.....	301
AL FINAL TODO SE SABE	305
VIUDA A LOS VEINTISÉIS AÑOS	311
REBOBINANDO.....	315
PONARTH DESAMPARADA	321
BIENVENIDOS A WANKHEIM.....	327
VOLVER... A EMPEZAR	333
RICHARD Y HILDE GÖLZ.....	339
KZ WELZHEIM	343
ENTREGUE EL TUBO	349
MEJORA CONTINUA.....	353
UNA PLACA DE MATRÍCULA.....	357
UN MENSAJE DE IDA Y VUELTA	363
ABRAZOS ADEUDADOS	369
ESTÁN TODOS LOS QUE SON	373
PARIS <i>LA NUIT</i>	377
¡MALDITA GUERRA!	381
UN AURA LUMINOSA.....	385
EPÍLOGO	391

PRÓLOGO (traducción libre del autor)

Cuando Jaime me pidió que escribiera un prólogo para su libro, dudé al principio: ¿qué debo escribir? Me envió los primeros capítulos de su libro y me sorprendió lo mucho que podía llegar a empatizar con aquel tiempo. Todos los detalles se basan en sus investigaciones sobre la situación político-social de esa época, incluidos los diálogos, que, lógicamente, no pueden tomarse por reales desde un punto de vista biográfico. Ya no queda nadie que nos pueda contar las conversaciones o los detalles de esos momentos.

Yo misma nací el 1 de diciembre de 1943, por lo que tenía solo 15 meses de edad cuando salimos huyendo en febrero de 1945, y fui llevada de un sitio a otro como si fuese un pajarillo, pero era demasiado pequeña para considerarme un testigo ocular de aquella dramática fuga. Y sin embargo, aquella experiencia me marcó, aunque no me diese cuenta de ello hasta mucho más tarde, ya en la edad adulta.

A pesar de que me encanta estar junto al mar, no llegué a compartir ni remotamente la pasión por la navegación que sentían mi marido y mi cuñado. En cuanto el barco en el que navegaba cortaba el agua, inclinándose de forma nada exagerada, sentía que me entraba el pánico y me aferraba a cualquier cosa. Igualmente, caminar por un puerto pudiendo disfrutar viendo todos los tipos de barcos me ha causado siempre bastante incomodidad, porque los olores en un puerto son muy distintos a los de la playa. Tiempo después me di cuenta de que un bebé, en realidad, interioriza no solo los olores que lo rodean, sino también los estados de ánimo de quienes lo acompañan. Por lo tanto, una bebé inmersa en una fuga y que sufrió todos los dramas interpersonales vividos en el mar, difícilmente podría interpretar los olores del puerto y los bamboleos de un barco como algo positivo y relajante. Haciendo un verdadero esfuerzo,

pude llegar a convertirme en una marinera de las de cuando hace buen tiempo y conseguí eliminar esa sensación de vacío y de pánico al navegar.

Hay otras pequeñas peculiaridades que atribuir a aquella huida. Mi familia escapó llevando una pota llena de manteca de cerdo, que era vital para todos en ese momento, también para mí, porque me alimentaban de ella. Por esa misma razón no me ha vuelto a gustar nunca la manteca de cerdo, aunque algunos la promocionen como el mayor manjar y muy especial de una región concreta.

*Como solo tenía 19 años cuando mi madre murió, en realidad, nunca pude preguntarle muchas cosas sobre nuestra huida cuando de verdad me empecé a interesar por el tema. No fue hasta que ayudé a Gertrud, la hermana menor de mi madre, en su libro de memorias *Una infancia en Königsberg* (2017), que empecé a entender algunas conexiones. Muchas piezas del rompecabezas y nombres se colocaron en mi mente para formar una imagen, aunque no fueran más que los recuerdos de una joven a la que la política aún no le importaba.*

El año pasado, en una fiesta al aire libre, escuché a Bárbara decir que había nacido en Königsberg. Bárbara es un año mayor que yo, por lo que decidimos hacer un viaje a nuestras raíces juntas, porque a nuestra edad ya no nos queda mucho tiempo. Así que reservamos con un operador turístico un viaje a Königsberg, visitando también Samland y Haff, para julio de 2022, algo que esperábamos ansiosas. Putin nos jugó una mala pasada con su invasión de Ucrania. Desde febrero de 2022, Kaliningrado también se ha convertido en una «región prohibida» para personas como Bárbara o como yo y para todos los descendientes de nuestras familias que quisieran experimentar, con un viaje, un reencuentro con sus raíces.

El espacio europeo, assolado por siglos de guerra, se ha transformado en una Europa pacífica, a la que cada vez más países quieren adherirse. Tal vez algún día logremos una convivencia pacífica también con el Este.

Regine Kemmerich-Lortzing*
Julio de 2022

VORWORT

(prólogo en su versión original en alemán)

Als Jaime mich bat, ein Vorwort für sein Buch zu schreiben, zögerte ich zuerst. Was soll ich da schreiben? Er schickte mir die ersten Kapitel seines Buches und ich war erstaunt, wie sehr er sich in die damalige Zeit einfühlen konnte. Alle Details beruhen auf seinen Recherchen zur damaligen politischen Lage, auch wenn die Dialoge unter biografischen Aspekten natürlich nicht „real“ sein können. Es gibt niemanden mehr, der von damaligen Gesprächen oder Einzelheiten erzählen könnte.

Ich selbst, am 1. Dezember 1943 geboren und bei der Flucht im Februar 1945 gerade mal 15 Monate alt, wurde als Küken zwar überall hin mitgenommen, war aber natürlich zu klein, um „Augenzeuge“ für das dramatische Fluchtgeschehen zu sein. Und dennoch hat mich diese Zeit geprägt, wenn ich mir dessen auch erst sehr viel später im Erwachsenenalter bewußt wurde.

Ich bin zwar sehr gerne am Meer, konnte aber die Segelleidenschaft meines Mannes und meines Schwagers ganz und gar nicht teilen. Wenn das Boot mit einer üblichen und durchaus sinnvollen Krängung über das Wasser rauschte, fühlte ich schnell Panik in mir aufsteigen und klammerte mich irgendwo fest. Auch am Hafen entlang zu spazieren und allerlei Schiffe zu bestaunen, löste bei mir eher Unbehagen aus, denn Gerüche am Hafen waren so ganz anders als am Strand. Erst spät wurde mir bewußt, dass ein Baby natürlich nicht nur von den es umgebenden Gerüchen sondern auch von den damit einhergehenden Stimmungen geprägt wird. Wenn also ein Baby auf eine Flucht mitgenommen wurde, die sich zum größten Teil mit all den zwischenmenschlichen Dramen auf dem Wasser abspielte, konnte es Hafendüfte und Schiffsbewegungen

kaum mit einer positiv entspannten Atmosphäre in sich verbinden. Aus mir konnte höchstens eine Schönwetterseglerin werden. Aber ich schaffte es doch, das Gefühl des Ausgeliefertseins und der Panik beim Segeln abzulegen.

Es gibt noch andere kleine Eigenheiten, die auf die Flucht zurückzuführen sind. Die Familie hatte sich mit einem großen Steintopf voll Schmalz auf die Flucht begeben, was damals für alle überlebenswichtig war, auch für mich, denn auch ich wurde damit gefüttert. Wohl deshalb mag ich bis heute noch kein Schmalz, selbst wenn es als besondere Delikatesse in einer Region angepriesen wird.

Da ich erst 19 Jahre alt war, als meine Mutter starb, konnte ich sie vieles zum Thema Flucht nicht mehr fragen, als ich mich dafür zu interessieren begann. Erst als ich Gertrud, der jüngeren Schwester meiner Mutter, bei ihren Memoiren zu dem Buch „Eine Kindheit in Königsberg“ (2017) half, begann ich die Zusammenhänge zu verstehen. Viele Puzzleteile und Namen fügten sich zu einem Bild zusammen, obwohl es sich um die Erinnerungen eines jungen Mädchens handelte, für das Politik noch keine Rolle spielte.

Im vergangenen Jahr hörte ich auf einer Gartenparty Barbara sagen, sie sei in Königsberg geboren. Barbara ist ein Jahr älter als ich und wir beschlossen, gemeinsam eine Reise zu unseren Wurzeln vorzunehmen, denn uns bleibt in unserem Alter ja nicht mehr viel Zeit. Also buchten wir bei einem Reiseveranstalter eine Fahrt nach Königsberg mit Samland und Haff für Juli 2022 und freuten uns darauf. Putin machte uns einen gründlichen Strich durch die Rechnung mit seinem Einmarsch in die Ukraine. Seit Februar ist auch Kaliningrad eine „No-Go-Region“ geworden für Menschen wie Barbara und mich oder die Nachfahren unserer Familien, wenn sie auf einer Reise eine Begegnung mit ihren Wurzeln erleben wollen.

Der durch die Jahrhunderte kriegsgebeutelte europäische Raum ist inzwischen zu einem friedvollen Europa mutiert, dem sich immer mehr Länder anschließen wollen. Vielleicht schaffen wir es eines Tages auch mit dem Osten zu einem friedvollen Miteinander. Es wäre uns allen zu wünschen.

Regine Kemmerich-Lortzing
Juli 2022*

Regine es la única persona de toda aquella parte de la familia que inició la huida de Prusia Oriental, que aún vive hoy, a la fecha de publicación de este libro, *Jamás pude volver a Königsberg*, y de quien he podido obtener un testimonio directo, aunque hay que tener en cuenta que ella contaba con poco más de un año cuando embarcaron en el puerto de Pillau. Heiner Gölz murió el 30 de diciembre de 2022, cumplidos los noventa y nueve años de edad, mientras se escribía este libro que nunca llegó a conocer.

† Caroline [Carla] Beckmann, nacida Poulsen en Sommersstedt el 16 de diciembre de 1893, murió en Reutlingen, el 29 de diciembre de 1977.

† Carl Friederich Leopold Beckmann nació en Berlín el 22 de mayo de 1886, murió en Königsberg un día indeterminado (desapareció el 12 de febrero de 1946).

† María Valeria Ruth Lortzing (después von Sonntag), nacida Beckmann el 30 de septiembre de 1919 en Pröbbernau, murió en Reutlingen el 15 de noviembre de 1963.

† Frank Otto Albert Lortzing nació en Lobsens el 25 de diciembre de 1910 y murió en Rothenstein el 18 de abril de 1945.

† Wilhelm Beckmann nació en Pröbbernau el 12 de julio de 1921 y murió el 20 de febrero de 1944.

† Jürgen Beckmann nació en Pröbbernau el 14 de octubre de 1922 y murió en Reutlingen el 19 de agosto de 2016.

✝ Wolfgang Beckmann nació en Pröbbernau el 3 de diciembre de 1923 y murió el 24 de marzo de 1944.

✝ Joachim Beckmann nació el 9 de marzo de 1923 y murió el 1 de abril de 1944.

✝ Gertrud Gölz, nacida Beckmann en Königsberg el 19 de febrero de 1928, murió en Freiburg el 21 de abril de 2020.

✝ Uwe Beckmann nació en Königsberg el 11 de marzo de 1931 y murió el 13 de marzo de 2020.

✝ Thomas Beckmann nació en Königsberg el 13 de marzo de 1934 y murió en Reutlingen el 24 de noviembre de 2019.

✝ Mathias Beckmann nació en Königsberg el 4 de diciembre de 1935 y murió el 24 de octubre de 2001.

✝ María Ruth Cölestine de Queralt-Lortzing, nacida Lortzing en Königsberg el 13 de noviembre de 1940, murió en Stühlingen el 13 de junio de 1981.

✝ Heiner Gölz nació en Tübingen el 27 de septiembre de 1923 y murió en Freiburg el 30 de diciembre de 2022.

♥ Regine Carla Emmy Kemmerich-Lortzing, nacida Lortzing en Königsberg el 1 de diciembre de 1943.

INTRODUCCIÓN

Este relato es auténtica ficción. Está absolutamente novelado y sacado de mi propia imaginación, porque solo una de las protagonistas de aquel episodio está aún aquí, Regine, que cuando lo vivió era tan pequeña que apenas puede bucear en sus recuerdos infantiles.

Sin embargo, toda la línea argumental y la base histórica es absolutamente real. La huida de una familia desde Prusia Oriental como refugiados de guerra sucedió y forma parte de la historia.

Claro que me he basado en libros como *Una infancia en Königsberg*, de Gertrud Gölz (Poulsen Bande, 2017), puesto que ella también estaba en aquel viaje con su hermana Ruth y con María y Regine, sus sobrinas, pero no son demasiados los detalles que aporta. No en vano, ella tenía ya ochenta y nueve años cuando escribió sus memorias.

La mayor parte de los datos oficiales están sacados del libro de Fritz Brustat-Naval *Unternehmen Rettung, letztes Schiff nach Westen* (Koehlers Verlagsgesellschaft mbH, 1970), un préstamo, por cierto, de mi amigo Dirk Merayo, cuya madre también es nacida en Prusia Oriental, y, por último, fue igualmente de ayuda *Königsberg 1945-1948*, de Hugo Linck (Rautenberg, 1987).

Pero vuelvo a lo que les decía al principio, después de darme un baño con estos libros e intentar situarme en el entorno de la época, la práctica totalidad de los detalles que cuento se basan en nada, más allá de oídas conversaciones y mi propia entelequia.

Sin embargo, el haber hecho este esfuerzo por integrarme en una realidad que no he conocido y de la que tampoco tengo tantos

testimonios como podría esperarse me ha dado la posibilidad de ser más libre a la hora de expresarme y he de decir que también me ha hecho madurar algunos temas que tenía pendientes.

Si pudiera, ahora le preguntaría a mi madre muchas cuestiones que, cuando ella se fue, como yo solo tenía diecisiete años, ni siquiera se me ocurrieron.

Después de haber «recorrido y sufrido» a su lado el trayecto completo, desde Prappeln, en Königsberg, hasta Wankheim, al lado de Tübingen, pasando por Dinamarca, para un total de dos mil kilómetros, quizá hoy me haga mejor una idea de lo que ella vivió, de las circunstancias que sufrió, y, por tanto, hoy le haría muchas preguntas de este y de otros muchos asuntos.

Pero, en fin, para esto tendré que esperar...

NOTA.- Un recuerdo muy especial para Heiner Gözl, un auténtico genio del diseño, pero, sobre todo, del dibujo y de la caricatura en un solo trazo, que murió, a punto de cumplir los cien años de edad mientras se escribía este libro. Estoy seguro de que lo estará disfrutando, al lado de Gertrud, allá donde le haya llevado ese último viaje.

Al igual que para D. Ignacio Alfonso García de Parada y Martínez, el mejor amigo que mi padre pudo imaginar jamás, una persona inteligente, recta, noble y de un enorme corazón, que falleció recientemente. Tuve el honor de que sus hijos le leyeran en voz alta el último capítulo, «Un aura luminosa», en la misma habitación del hospital, el día anterior a que nos dejara. Mi máximo respeto, querido Ignacio, y buen viaje.

Y un beso enorme a mi querida hermana Ana, una de las personas a las que dediqué este libro. Una enfermedad fulminante nos la arrancó el 29 de junio de 2023. Hermana, estoy seguro de que ya te has reunido con mamá, con papá, con Blanca y con Pedro. Allá donde estéis, sed muy felices todos.

AMANECE EN PILLAU

Sin atender a lo temprano de la hora, el bullir de personas intentando acceder a uno de los barcos amarrados al muelle de Pillau ponía los pelos de punta. A pesar de los veinte grados bajo cero, el olor a adrenalina disparada era tangible en cada uno de los poros de aquella gente.

Fardos de ropa atados y con zapatos colgando, hatillos con algunos enseres y comestibles, y todo ello junto a calderos en los que ardían algunos palos que daban para calentarse fugazmente las manos. Personas bien vestidas, otras más humildes, ancianos que se movían con dificultad y grumetes venidos a más dando y quitando razones. Filas de gente cabizbaja, encajonada como ganado y que era manejada por soldados veinteañeros más asustados que seguros de lo que hacían.

Las familias trataban por todos los medios, eso sí, de permanecer unidas. Las madres luchaban por mantener a sus hijos pequeños cerca. Los mayores, o estaban defendiendo el frente o habían sido hechos prisioneros o, en una cantidad ingente, ya no eran más que recuerdos tumbados en un campo de batalla. Y lo que es peor, esto último muchas de ellas todavía ni lo sabían.

Los cupos en los barcos no eran conocidos, pero una especie de extraña organización hacía que se fueran asignando. Ruth no iba sola. Todas las mujeres Buthmann estaban allí, con Caroline a la cabeza jugando su habitual rol de gran matriarca del clan.

Leopold les había dicho que se presentaran al *Korvettenkapitän* Meinhold. Llevaban una carta de recomendación. Pero ¿cómo

lo iban a encontrar? Con el trasiego de uniformes que había allí, ya fuera en marcial formación o corriendo con un mensaje en la mano, lo mismo vigilando desde la pasarela de un barco que conteniendo las avalanchas humanas, era imposible distinguir en una manga los tres galones con una estrella que pudieran dar la primera pista.

Además, un capitán de corbeta no era cualquier cosa. Estaría más bien en el puente de un navío o en una oficina cercana que a pie de muelle. Aunque también es cierto que eso era aplicable a condiciones normales y las de aquel día se alejaban por completo de la normalidad.

Uwe, el mayor de los hijos varones de Caroline que iba en el grupo, de apenas trece años, creyó reconocer a un compañero de colegio embutido en un uniforme dos o tres tallas más grande de la que le correspondería.

—¿Rudolph?, ¿Rudolph Steiner?! —le gritó.

Inopinadamente, el joven se volvió:

—¡Uwe!, ¿qué haces tú...? —empezó a preguntar, cayendo de inmediato en lo absurdo de su pregunta.

—Queremos marcharnos, Rudolph. Voy con mi madre y mis hermanos. Pero ¿tú qué haces con ese uniforme?

—Me han alistado en las Juventudes Hitlerianas, Uwe, y, no sé muy bien cómo, pero me han mandado aquí a echar una mano. Y escucha, a Bösze le han enviado al frente, imagínate, al frente... —le empezó a explicar.

—Rudolph, me tienes que ayudar —le interrumpió bruscamente—, busquemos al *Korvettenkapitän* Meinhold, ¿sabes dónde podríamos encontrarlo?

—No lo conozco, Uwe. Yo aquí no conozco a casi nadie. Déjame que le pregunte a mi brigada, a ver si él sabe... —En ese momento arrancó a correr hacia una garita gritando algo que Uwe no llegó a entender.

Las Buthmann estaban apenas a veinte pasos de Uwe, pero tampoco ellas podían oírlo. Un grupo de refugiados lo empujó ha-

cia atrás al moverse su fila y cayó sentado sobre la nieve pisoteada. Cuando se quiso poner otra vez en pie, ya no vio a su amigo, pero tampoco a su familia, parecían haberse esfumado.

No le dio tiempo ni siquiera a angustiarse. Justo en ese instante un escuadrón de aviones de combate rusos Ilyushin Il-2 apareció por el este en vuelo raso disparando sus ametralladoras. Por algo los finlandeses los llamaban Maatlouskone, o tractores, porque casi podían arar la tierra en sus pasadas a baja altura.

Toda la muchedumbre que se agolpaba en los muelles empezó a correr sin rumbo definido. Eso los que podían. Los bebés gemían en brazos de sus madres y abuelas, que buscaban refugio tirándose detrás de cualquier elemento que aparentase proteger.

Algunos barcos resultaron levemente dañados, y desde el carguero Pretoria, ahora reconvertido en barco hospital amarrado a puerto, habían disparado con sus baterías antiaéreas añadidas para estas ocasiones, pero ya más cuando se alejaban los aparatos bolcheviques que otra cosa, porque les habían pillado de improviso. Por suerte, los aviones no volvieron.

Cuando Uwe consiguió levantarse de nuevo, volvió a buscar con la vista a los suyos. La garita donde había entrado Steiner permanecía abierta y allá se dirigió. Encontró a Rudolph apretándose el tobillo.

—¡Uwe, me han dado! —dijo muerto de miedo. Uwe le inspeccionó la herida, que parecía superficial, y lo ayudó a ponerse en pie.

—Vamos, Steiner, lo que te ha dado ha debido de ser un trozo de cristal, no una bala —lo tranquilizó—. Oye ¿sabes por fin dónde está Meinhold?, ¿has preguntado dónde lo puedo encontrar? —le inquirió.

—Me han dicho que Wolfgang Meinhold es el capitán del MRS12, el antiguo Nürnberg, que está atracado en el pantalán número 3, ¿puede ser? —le dijo.

—No lo sé, pero es lo mejor que tengo. Gracias, Rudolph, nos vemos —le dijo mientras salía. Pero mentía sin saberlo. Ya nunca más volvió a verlo.

Vagó largamente por el muelle donde se había separado de su familia y no los encontró. El frío era pavoroso y ni siquiera de los cacillos que había dentro de unas cubas de agua se podía beber. Se quedaban pegados a los labios, si es que no eran sencillamente un bloque de hielo.

Una columna de camiones abarrotados de nuevos refugiados que llegaban al puerto de Pillau avanzaba lentamente pegada a los edificios del fondo. En ese momento, el primero tuvo que frenar bruscamente y se organizó un cierto revuelo. La gente gritaba que el niño, cuidado con el niño...

Uwe se acercó algo más y entrevió a su hermana Ruth recogiendo a su hermano Thias del suelo, justo por delante del camión. Llegaban detrás, sin resuello, su otra hermana, Gertrud, con Regine en brazos, y su madre, que se arrojó sobre el crío. Caroline lloraba viendo que al niño no le había pasado nada, pero que estaba temblando de miedo y tiritando de frío.

Como pudo, Uwe se abrió paso. Ruth y Caroline habían vuelto a recomponer el grupo y, en el reencuentro, Uwe les contó que tenía una pista. Meinhold debía de estar en el MRS12. Había que buscar un barco llamado MRS12.

Bordeando la fila de camiones, fueron avanzando hasta el embarcadero que lucía un demacrado número 3. Allí estaban el Robert Ley, el Steuben y el Duala. Un poco más allá aparecía el MRS12 Nürnberg. Era un barco de pasajeros, reconvertido en *Minenräumschiff*, o barco buscaminas, por la armada alemana y renombrado al efecto. Se había botado el 24 de marzo de 1936 en Bremen y tenía 138 metros de eslora por 17 de manga, con un desplazamiento de 7.510 toneladas.

A los pies de todos ellos se aglomeraba una multitud de personas ansiosas por subir a bordo. En sus pasarelas, militares armados iban comprobando documentación y daban acceso con cuentagotas.

No era esa exactamente la orden del almirante Engelhardt. Había que ser rápidos porque el Ejército Rojo se acercaba peligrosa-

mente a Königsberg. Sin embargo, los suministros no llegaban al ritmo necesario y solo el Steuben, más antiguo y con máquinas de vapor, tenía carbón suficiente como para poder zarpar. Quizá por eso mismo el embarque en este buque estaba siendo más ágil.

El MRS12 Nürnberg, ya con motores diésel, precisaba gasóleo y sus tanques estaban por debajo de la mitad. No podía arriesgarse a dejar el puerto en esas condiciones. Pero es que tampoco había víveres suficientes a bordo para un pasaje que no iba a ser en número el habitual. Se iba a multiplicar como poco por diez. No tenían, ni pan, ni agua, ni leche para tanta gente. Tampoco llevaban chalecos salvavidas para todos. Era imposible, había que esperar.

OPERACIÓN HANNIBAL

El ejército ruso había iniciado la ofensiva final desde el suroeste y la población civil, ante la cesión de terrenos de la Wehrmacht, el ejército alemán, se iba apelotonando en la costa del mar Báltico tratando de tomar plaza en alguno de los barcos que conformaron la mayor acción de evacuación de refugiados por mar de todos los tiempos: la Operación Hannibal.

Ninguno sabía, o quizá sí, que se subía a una auténtica ruleta rusa flotante, y nunca mejor empleada la expresión, porque ciento veintitrés de aquellos barcos no llegarían a tocar puerto de nuevo, sino que, sencillamente, tocaron fondo, el fondo del Báltico. Otros cuarenta y tres fueron gravemente dañados, pero consiguieron llegar maltrechos a tierra.

Los submarinos soviéticos que patrullaban aquellas aguas, por un lado, y las escuadrillas de cazas Supermarine Spitfire ingleses con base en Escocia, por otro, jugaban al tiro al blanco y estaban provocando un sinfín de bajas humanas.

Embarcaciones las había de todos los tipos, clases y tamaños, incluidos pesqueros, lanchas recreativas, mercantes, paquebotes y los buques de la Kriegsmarine alemana que aún quedaban a flote; hasta sumar casi mil cien barcos. Pero todos los que fueron descubiertos fueron atacados. Y eso a pesar de que era bien conocido que, mayoritariamente, eran civiles, y particularmente mujeres con sus hijos que huían de la guerra, los que estaban a bordo.

El 30 de enero el MV Wilhelm Gustloff, un crucero transatlántico requisado por la armada alemana que había servido como

barco hospital, el Hansa y el Walter Rau zarparon del puerto de Gotenhafen, hoy Gdynia, en Polonia, rumbo a Kiel. El Hansa, con problemas mecánicos, hubo de regresar a puerto, mientras que el MV Wilhelm Gustloff, con unas diez mil personas embarcadas, siguió viaje y fue torpedeado por el submarino ruso S-13 frente a las costas de la Pomerania. Los aproximadamente nueve mil quinientos desaparecidos constituyen todavía hoy la mayor pérdida de vidas humanas en un solo hundimiento naval de toda la historia.

Oficialmente, un total de un millón novecientos setenta y siete mil novecientos cuatro personas se llegaron a contabilizar, de las que solo un doce por ciento eran militares, la inmensa mayoría de ellos heridos en combate. Todos ellos intentaban llegar a Alemania desde Alemania. Porque a Prusia se le iba a caer la P e iba a dejar de ser Alemania, pero en aquel momento aún lo era a todos los efectos. Hubo otro millón largo que no llegó a constar en ningún papel.

Las estimaciones hablan, así, de un movimiento de más de tres millones de personas realizado en un tiempo récord, de mediados de enero a primeros de abril, menos de cuatro meses, en un despliegue logístico inigualable realizado por un ejército absolutamente exhausto y obligado por sus superiores a seguir combatiendo en un conflicto bélico que sabían perdido, pero sobre el que les decían diariamente los mandos, en mensajes radiados, que iban a ganar.

El general del Ejército Rojo Ivan Chernyakhovsky había dado la orden a las tropas del Tercer Frente Bielorruso (Первый Прибалтийский фронт) de avanzar hacia Prusia Oriental y sobre su capital, Königsberg, el 13 de enero. Algo se esperaba precisamente para mediados de ese mes y, en concreto, para el Año Nuevo juliano o Año Viejo ortodoxo, que de las dos maneras se llama al 14 de enero en la antigua tradición rusa, y que marcaba el inicio de un nuevo año. Evidentemente, las previsiones acertaron.

Apenas diez días después de lanzar su ataque los soviets, el GroßAdmiral Karl Dönitz ordenó a su vez a Oskar Kummetz, alto comandante naval del Báltico y al almirante Konrad Engelhardt que iniciaran la Rettungsaktion (operación de rescate).

Aunque a nivel oficial se denominaría Operación Hannibal, entre el pueblo se conoció como Seetra, siguiendo la muy extendida costumbre alemana de juntar palabras, hacer con ellas una definición más bien larga y a continuación buscar la apócope de la misma. En este caso, se abrevió la palabra compuesta *Seetransport*, o lo que sería, traducido al español, transporte marítimo.

Karl Dönitz, que fue quien finalmente dio la orden de firmar la rendición de Alemania frente a los aliados y la Unión Soviética el 8 de mayo de 1945, justo un mes después de la caída de Königsberg, con la que concluyó la Segunda Guerra Mundial en Europa, fue juzgado y condenado a diez años en el Juicio de Núremberg y murió en la Nochebuena de 1980 en Aumühle, cerca de Hamburgo. Él había conseguido sobrevivir al final de la guerra, pero merece el reconocimiento de haber hecho todo lo que estuvo a su alcance para salvar al máximo número posible de alemanes.

Aquel día, el desastre de la guerra terminaba, pero la gigantesca masacre ya se había perpetrado. De esos más de tres millones de refugiados que huían despavoridos, se supone oficialmente que más de cien mil fueron a las profundidades del Báltico. De los oficiosos nunca hubo, ni habrá, un recuento.

Y al resto, a los que sobrevivieron, les cambió la vida para siempre. A estos los podríamos dividir en dos grupos bien claramente diferenciados: los que consiguieron huir y los que no pudieron, no tuvieron tiempo o, sencillamente, no quisieron abandonar su patria.

Entre estos últimos, los ancianos se refugiaron en sus granjas y aldeas y sufrieron el saqueo del Ejército Rojo. De las personas de mediana edad, los varones fueron encerrados, torturados o asesinados, mientras que las mujeres sufrieron todo tipo de vejaciones.

Por último, y seguro el caso más inusual y menos conocido, es el de los llamados niños-lobo, una enorme cantidad de críos, desde los cuatro o cinco años en adelante, que, una vez separados de sus familias, vagaron solos por los bosques de Prusia Oriental buscando refugio y algo de comida.

Empujados por las maniobras de los militares, casi sin querer, fueron poco a poco huyendo hacia Lituania y entraron en contacto con la población civil de allí, sin saber su idioma y pidiendo alimento. Muchos de ellos acabaron siendo adoptados informalmente por aquellas familias de acogida.

Por miedo a represalias, esos padres adoptivos, en su mejor intención, cambiaron las identidades de aquellos niños y estos, en su gran mayoría, llegaron a olvidar su idioma alemán. Esto significó que una buena parte de ellos murieran sin llegar a saber nunca que, en realidad, eran prusianos.